

MANUEL GARCÍA FERNÁNDEZ (COORD.), *EL REY DON PEDRO Y SU TIEMPO (1350-1369)*, EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA, SEVILLA, 2016, 225 PÁGS. ISBN: 978-84-472-1795-3

PABLO ORTEGO RICO
Universidad de Málaga

La obra reseñada recoge el núcleo fundamental de las ponencias presentadas en el marco del seminario *El siglo XIV en primera persona. El rey don Pedro y su tiempo, 1350-1369*, celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla en octubre de 2013 y organizado con la finalidad de conmemorar el 650 aniversario de la construcción de la fachada mudéjar del Alcázar hispalense (1364-2014), como emblema de una época marcada desde antiguo por la controversia historiográfica. Hay que reconocer, en este sentido, el acierto del profesor Manuel García Fernández, promotor de esta iniciativa y coordinador del volumen, al haber optado por reunir en una misma obra colectiva las aportaciones realizadas por nueve destacados especialistas en el estudio de la baja Edad Media castellana, entre los que se incluye el propio coordinador, eludiendo el riesgo de que el resultado final pudiera perder coherencia. En este sentido, el volumen cuenta con un hilo argumental definido que gira en torno a tres ejes: la imagen del monarca, la construcción de su memoria y su proyección historiográfica; el marco estructural económico, social y político del período abordado, como elemento de encuadre que desborda el arco cronológico señalado en el título de la obra, y del que participan buena parte de los estudios incluidos; y la estrecha vinculación del rey con la ciudad Sevilla, evidenciada desde el punto de vista material y simbólico en la construcción del palacio mudéjar de Pedro I en el corazón del alcázar hispalense.

El estudio introductorio del profesor García Fernández plantea, a modo de síntesis, las principales claves de la biografía personal y política de Pedro I, desde su infancia marcada por la postergación paterna y el alejamiento de los círculos de poder castellanos; pasando por los años iniciales del reinado, condicionados por los cambios en las alianzas políticas internas y externas, y una marcada tendencia hacia el reforzamiento del poder real; los inicios de la insurrección nobiliaria y la ampliación de sus apoyos externos, en paralelo a las iniciativas represoras del monarca, situadas en el epicentro de la ruptura del consenso político y hábilmente instrumentalizadas por la propaganda anti-petrista posterior; o los años de la guerra civil, en su doble dimensión como conflicto interno, pero también internacional, hasta el definitivo desenlace de Montiel. Todo ello

se aborda combinando el estudio del personaje con las dinámicas políticas de la época, evidenciando la necesidad de superar los arquetipos de “rey cruel” o “rey justiciero” contruidos por la historiografía.

En este sentido, el trabajo de María Isabel del Val Valdivieso permite profundizar en una de las parcelas más significativas de la construcción de la memoria petrística, a partir de un exhaustivo estudio sobre la figura del Canciller Pero López de Ayala y su ciclo cronístico. Partiendo del análisis del linaje Ayala y de la biografía del Canciller, como representante de la mediana nobleza de servicio dotada de un solar donde encontraba su arraigo, se plantea la imbricación de López de Ayala en los círculos cortesanos petrísticos, su cambio de orientación en 1367 en favor de Enrique II, y la evolución de su posterior carrera al servicio de los Trastámara, ya asentados en el trono, marcada por un continuo ascenso político, en el que las fórmulas de preservación de la memoria del linaje como forma de apuntalar el prestigio alcanzado resultarían fundamentales. Como parte de la conciencia presente en el personaje relativa a la importancia asignada al afán de perdurabilidad, la autora resalta de manera particular el esfuerzo de Pero López de Ayala por construir una memoria de la acción política de Pedro I, a partir de un uso instrumental de la narración histórica con visos de pretendida objetividad mediante la fijación de una versión “oficial” de los hechos descritos, destinada a legitimar el acceso al poder de los Trastámara.

Es bien sabido que las relaciones de Pedro I con la minoría judía desempeñaron un papel fundamental en las estrategias de deslegitimación del monarca puestas a punto por sus adversarios, así como en la construcción de su memoria, tal y como se encarga de destacar en su excelente trabajo Isabel Montes Romero-Camacho, a partir de una sólida aproximación al mito del filojudaísmo de Pedro I, a su tratamiento historiográfico, y a su uso como eficaz arma de propaganda política en un contexto definido por la existencia de un “antisemitismo popular” alimentado por la depresión bajomedieval, con el cual el bando trastamarista trató de conectar. En este sentido, el objetivo de esta propaganda pasaba por socavar la legitimidad “de origen” del monarca (caso de la leyenda que le hacía hijo del judío Pero Gil), pero también por debilitar su legitimidad “de ejercicio”, en virtud de la protección ofrecida por Pedro I a las comunidades judías, cuya realidad –marcada por unas relaciones que bascularon entre el apoyo mutuo entre rey y hebreos, y los cambios en la actitud mostrada por el monarca hacia personalidades judías como Samuel ha-Leví– es matizada por la profesora Montes.

En línea con el mito del filojudaísmo petrístico, las relaciones entre el monarca y la Iglesia también fueron un elemento definitorio en la construcción de una memoria política del reinado de Pedro I destinada a legitimar su destronamiento. Así lo pone de manifiesto José María Miura Andrades al señalar la importancia asignada *a posteriori* por la propaganda trastamarista a aquellos elementos que denotaban el incumplimiento por parte del monarca de las funciones que debía mostrar el titular de la dignidad regia como “rey cristianísimo”. Ello habría quedado explicitado en su incapacidad para extender los territorios castellanos frente al Islam, en el supuesto “laicismo” que evidenciaba el apartamiento de eclesiásticos de los cargos administrativos de la monarquía, en el

adulterio del rey como teórica causa del alejamiento del episcopado del reino, o en la carencia de dotaciones a la Iglesia, cuya realidad —en este último caso— es negada a partir del estudio de los conventos patrocinados o dotados por Pedro I en el espacio andaluz.

Por otro lado, la iconografía del monarca, tanto la coetánea como la posterior, también contribuiría al proceso de conformación de una imagen arquetípica de Pedro I. Desde esta perspectiva alcanza plena significación el estudio de Rafael Cómez Ramos sobre los retratos del rey don Pedro I de Castilla, en el que se realiza un minucioso análisis de la iconografía del monarca presente en monedas, sellos, miniaturas de códices, esculturas y pinturas. Su interpretación, tal y como se aprecia, corre paralela al análisis del retrato psicológico y moral del rey ofrecido por los textos, así como a la valoración del perfil del monarca ideal presentado por la tratadística política de la época que, en algunos casos, pudo condicionar la configuración de un retrato oficial idealizado del rey.

El reinado de Pedro I se inscribe desde el punto de vista estructural en un período que la historiografía viene calificando tradicionalmente a partir del concepto de “crisis”, entendido como fase de estancamiento económico prolongado, pero también como crisis “sistémica” del feudalismo. Por ello, resulta del todo pertinente la incorporación del estudio de Hipólito Rafael Oliva Herrer, en el cual se realiza un repaso crítico sobre las teorías formuladas por la historiografía acerca de las principales manifestaciones de la crisis en Castilla (declive demográfico, despoblación, caída de la renta señoriales, carestías) y sus consecuencias en el cambio de los modelos de extracción de renta. Ello quedaría evidenciado en la ofensiva realizada por la nobleza señorial ante las circunstancias que amenazaban su predominio socio-económico, de la cual formaban parte dinámicas de competencia por los recursos plasmadas en usurpaciones de tierras y abusos, el despliegue de formas de competencia intra-nobiliaria, y la paulatina implementación de nuevas estructuras señoriales más eficientes. En este sentido, el autor concluye cuestionando la necesidad de rastrear las causas de los cambios sociales asociados a la crisis del feudalismo en los motivos que explican el declive de la economía, en el cual, frente al papel asignado tradicionalmente a los episodios de carestía también habría que destacar otros factores como la política regia, la fiscalidad y el mercado.

Si bien, una de las claves explicativas de la llamada “crisis del siglo XIV” se centra en los cambios en el modelo de extracción de renta por parte de la nobleza señorial, María Concepción Quintanilla Raso aporta una perspectiva complementaria sobre este grupo centrada en las relaciones políticas sostenidas entre nobleza señorial y monarquía en época de Pedro I. Para ello parte del análisis de la conceptualización de la condición nobiliaria como estatus social diferenciado, explicitado en las formas de acceso al grupo y en los mecanismos de legitimación del mismo, pasando por la valoración de los marcadores de la identidad nobiliaria presentes en la época pretrastámara. Con ello se trata de superar el debate sobre la renovación nobiliaria bajomedieval, a partir del estudio de las actitudes y pautas de comportamiento desarrolladas por el grupo en su adaptación a los cambios operados durante el siglo XIV, articuladas en torno a la configuración de una cultura y conciencia de linaje y de casa con voluntad de perdurar. En lo que se refiere al marco específico de las relaciones monarquía-nobleza durante

el reinado de Pedro I, la autora parte de los condicionamientos teóricos que guiaban estos nexos, no solo a partir del binomio servicio-gracia, sino incorporando al campo de análisis la valoración de emociones políticas como el “miedo”/espanto a las relaciones sostenidas entre los actores, de particular interés en el caso de un reinado como el de Pedro I marcado por la práctica recurrente del castigo ejemplar contra miembros de la alta nobleza. Todo ello se pone de manifiesto a partir de un caso de estudio –el del linaje Benavides– en el que concurren buena parte de los elementos señalados previamente.

Frente a la consideración peyorativa de la figura de Pedro I por una parte de la historiografía, lo cierto es que su reinado fue fecundo en realizaciones artísticas de las cuales una de las muestras más representativas es el llamado “Palacio Mudéjar” que el rey mandó construir entre 1364 y 1366 en el Alcázar de Sevilla. El detallado estudio que María Dolores Robador González le dedica a esta gran obra arquitectónica no solo evidencia el especial vínculo que unía al monarca con la ciudad de Sevilla, sino también la dimensión ceremonial, suntuaria y solemnizadora alcanzada por la realeza castellana pretrastámara, como medio de proyectar su poder, a partir de la conformación estructural de un edificio que combina la alternancia de patios con estancias públicas y espacios privados, profusamente y ricamente decorado con motivos que ponen de manifiesto el crisol de influencias culturales presente en el espacio sevillano en aquel momento, y que ha pasado a conformar parte de la memoria del monarca en la urbe hispalense.

Como colofón, el libro concluye con un estudio del profesor José Enrique López de Coca que, a modo de epílogo, destaca el destino seguido por algunos de los partidarios de Pedro I perseguidos por el bando trastamarista, evidenciando el papel representado por el emirato nazarí como espacio de refugio de algunos petristas, o con el cual sostuvieron relaciones algunos de los castellanos exiliados tras la victoria de Enrique II.

En conclusión, nos encontramos ante una obra que, pese a su carácter misceláneo, supone una aportación rigurosa al estudio de una época controvertida. En este sentido, los distintos ámbitos temáticos y casos particulares analizados, sirven a la vez, como “estado de la cuestión” de la investigación sobre algunos de los aspectos centrales de este período, pero también como estímulo para el desarrollo de futuras investigaciones sobre el mismo.